

PRESENTACIÓN DE LA EXPOSICIÓN “FE DE VIDA”

Ser mujer en una sociedad patriarcal y sexista, haber vivido de cerca violencia, ser terapeuta de mujeres que han sufrido y sufren violencia, ser artista convencida del valor transformador del arte, ser persona creyente de que un mundo mejor es posible.

Estas son algunos de los motivos que me han llevado a organizar esta exposición colectiva cuya temática es la violencia contra las mujeres. Otras razones se sitúan dentro del ámbito terapéutico, ya que fue en una sesión de musicoterapia dirigida por el psicoterapeuta Péter Szil donde esta idea se gestó. En aquella sesión incluso pudimos imaginarnos como música de fondo la canción “*Frágil*” de Sting, en la que el autor nos recuerda nuestra fragilidad, la fragilidad de tod@s.

La música, el arte en un contexto seguro permite que afloren fragilidades y fortalezas, que tomemos contacto con nuestros sentimientos, necesidades y deseos más genuinos. A partir de ahí es posible trazar nuevos caminos.

Agradezco a la Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de Calpe por su constante apoyo, a mis compañeras de exposición, por ser sobre todo compañeras, además de ser excelentes artistas y a Péter Szil por escribir el prólogo de este catálogo, por su implicación y por dar tanta fe y luz a la vida. Por último, quiero dedicar este trabajo a la memoria de todas las personas que han sabido querer con respeto, cuidado, afecto, confianza y honestidad.

Susana García Ungo
Artista y Terapeuta

* * * * *

PRÓLOGO PARA EL CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN “FE DE VIDA”

Hace años leí el siguiente pensamiento de Alberto Manguel: “No hay remedio. La lectura no consuela. En cambio, puede, misteriosamente, servir de espejo.” Pienso que la idea, aplicada no solo a la literatura, sino a cualquier forma de arte, sirve de eslogan para una exposición de artes plásticas cuyo tema es la violencia contra las mujeres.

La representación artística se enfrenta a varios retos. Uno de ellos es lograr que una obra refleje lo particular en la vivencia de quien haya creado la obra, pero con un grado de abstracción capaz de englobar vivencias particulares de las personas que acogen la obra, de manera que ellas también se sientan reflejadas por la misma.

He llegado al honor de prologar el catálogo de esta exposición desde un terreno (no el de las artes, sino de la psicoterapia y del activismo comprometidos con la erradicación de la violencia contra las mujeres y l@s niñ@s) caracterizado por un cometido parecido. Para ayudar a las víctimas y para evitar que haya más tenemos que dominar el arte de ver y hacer ver lo sistemático en lo individual. Ver y hacer ver en el

sufrimiento de cada víctima, a la que acompañamos como el individuo que es, un sistematismo más allá de actos de violencia ocasionales y de diferentes índoles. Ver y hacer ver en los actos individuales de cada abusador los sistemas de control que se corresponden con la violencia estructural ejercida por el patriarcado, la desigualdad y una cultura sexista y violenta. Solamente con un anclaje sólido en los conocimientos de esa estructura, su economía, estadísticas, leyes y patrones culturales puedo ofrecer el marco terapéutico en el que puede dibujarse el cambio individual que muchas veces ocurre más en el ámbito de lo simbólico que en lo cognitivo.

El arte se mueve siempre en el ámbito de lo simbólico. Sin embargo, cuando su tema es algo tan concreto y de tantas connotaciones políticas como la violencia, se hace aún más patente que hay varias maneras de entender el arte. Una de ellas la definió Elmer Diktonius, un literato y músico finlandés de habla sueca, así de irónico: “Si el sentido del arte fuera anestesiar, hacernos olvidar la vida, un martillazo en la cabeza sería la mejor y la más sencilla de las artes”. Otra tendencia, bastante extendida en nuestros días, es la que sí asigna al arte una función de despertar y concienciar, pero para ello convierte su arte en martillo, obviando que cuando a un público se le expone directamente a la violencia que se quiere representar, sin ponerla en su contexto, ese público fácilmente se queda más violentado que concienciado.

Las obras de esta exposición plasman en símbolos aprehensibles con los sentidos y la inteligencia tres aspectos de la violencia contra las mujeres: sus causas, sus efectos y los recursos para contrarrestarla. Falta el cuarto aspecto: cómo erradicarla. Pero esto no es un fallo de las comisarias o de las artistas. El ángulo de mira de ellas es el de las que sufren la violencia, las mujeres, todas las mujeres: las que son víctimas directas y las que quedan así advertidas de lo que les puede caer por el mero hecho de ser mujeres, y todavía más si no aceptan el lugar que les ha asignado el orden patriarcal. La violencia masculina la causan los hombres, prácticamente todos los hombres: los que la ejercen y los que la toleran activa o pasivamente. Por eso la erradicación de la violencia de género tiene que ser obra de hombres, de todos los hombres. Por lo tanto ese aspecto tendrá que ser representado por obras de arte creados por hombres que asuman su responsabilidad colectiva y se hagan disidentes del patriarcado.

Mientras tanto podemos deleitarnos aquí con las representaciones artísticas del caldo de cultivo de la violencia contra las mujeres (los estereotipos sexistas, el mito del amor romántico y la familia como ámbito de lo privado), de las consecuencias de esa violencia (las heridas invisibilizadas, las bocas selladas y los silencios llenos de gritos de dolor, rabia e impotencia) y de lo que mitiga el sufrimiento (las pequeñas ayudas que surgen de la *sororidad*, la solidaridad entre las mujeres).

Sí, he dicho “deleitarnos”. Porque esta exposición suministra belleza y por lo tanto placer, aunque su tema sea feo y doloroso; da fe de la vida ante ese constante atentado a la vida misma que es la violencia. Así queda demostrado que el arte a lo mejor no consuela, pero sí nos puede surtir de esperanza.

Budapest – Alicante, octubre de 2011

Péter Szil, psicoterapeuta
www.szil.info